

hora después destacóse una columna de quinientos hombres que ocupó la parte sur de la población, haciendo alto en la plazuela de San Sebastián. Otra columna ocupó las calles del Santo Cristo y de San Cayetano (1), apoderándose de la casa de D. Antonio Cevallos que hace esquina á dichas calles, y de la inmediata hácia el noroeste (2). De dichos lugares rompieron el fuego sobre los parapetos números 6 y 8, durando hasta las siete de la noche en que se suspendió.

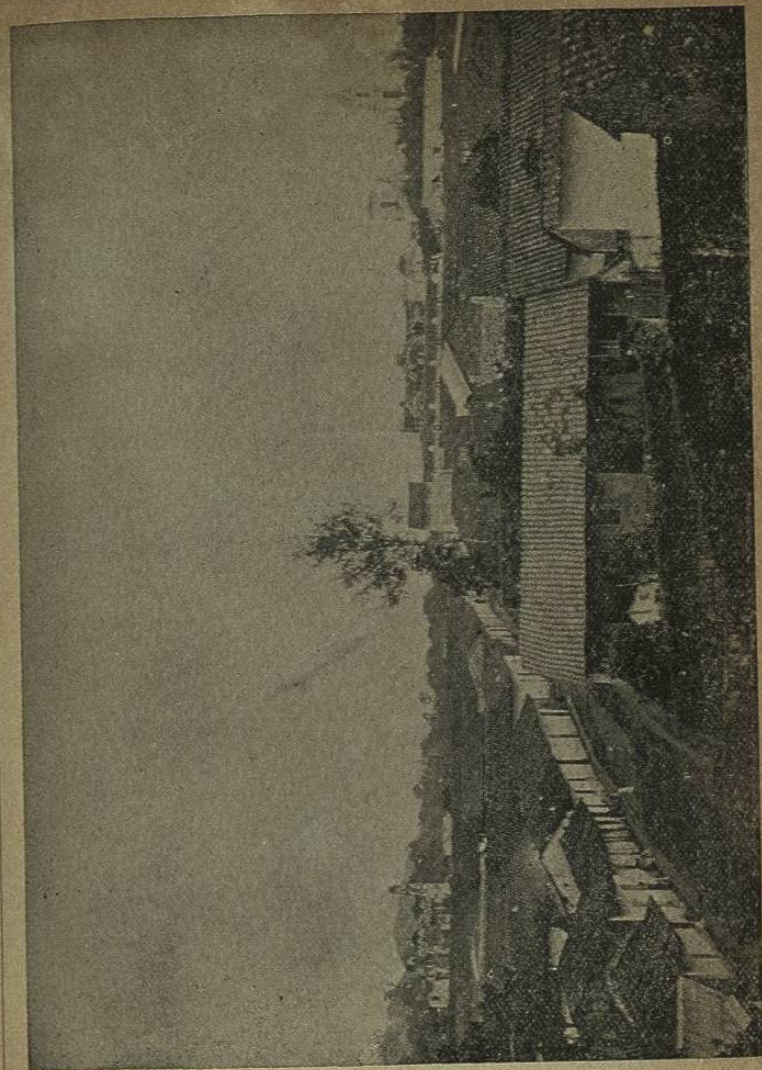
Francisco Hevia

Fac-simile de la firma del coronel D. Francisco Hevia.

En el curso de esa noche estableció Hevia su cuartel general y centro de operaciones en la primera de las casas ocupadas por sus fuerzas; hizo también avanzar, antes del nuevo día, sus cañones, atrincherándose en la plazuela de San Sebastián con tercios de tabaco.

(1) Hoy de los *Mártires de la Independencia* y de la *Independencia* respectivamente.

(2) La última de esas casas lleva desde entonces el nombre de la *casa de los balazos*.



Casablanca. Vista panorámica por el barrio de las Pitayitas.

A la madrugada del 16 comenzó un sostenido cañoneo contra la casa de D. Manuel de la Torre, situada enfrente de la que ocupaba Hevia (1). A las cinco y media de la mañana estaba abierta una brecha por la que los realistas se lanzaron al asalto, trabándose en el interior mismo de la manzana de casas un terrible combate. A pesar de su valor, las fuerzas vireinales fueron totalmente rechazadas.

Irritado Hevia con este desastre ordenó que se variase la puntería de sus cañones, dirigiéndola á la esquina norte del crucero de las calles de la Estación y del Santo Cristo (2), mas no habiendo recibido dicha casa daño de consideración con los primeros disparos, hizo retirar Hevia á uno de los artilleros, poniéndose él mismo á rectificar la puntería de un obús. En esta actitud recibió una bala en la sien, que lo dejó muerto en el acto (3).

Los realistas no se desanimaron por esta importantísima pérdida para su partido. Al mando del tenien-

(1) Esa casa conserva el histórico nombre de la *casa quemada*, que tomó origen en aquellos días.

(2) Esquina de las calles 1.^a del Telégrafo y 7.^a de los Mártires de la Independencia, en la actualidad.

(3) Se dice que Hevia tomaba su desayuno en la puerta de una de las casas de que se había posesionado, desayuno que interrumpió para dirigir la puntería del cañón. Se dice también que un indio amateco lo cazó desde un techo vecino. Hevia cayó muerto en la acera sureste de la 9.^a calle de los Mártires de la Independencia.

te-coronel D. Blas del Castillo y Luna, segundo de Hevia, continuaron sus embestidas.

Media hora después de la muerte de Hevia, los asaltantes arrojaron camisas embreadas á la *casa quemada*, de donde se propagó el incendio á casi toda la manzana. En medio de las llamas se lanzaron nuevamente los realistas al asalto, pero fueron otra vez rechazados, distinguiéndose en la defensa el oficial de vecinos voluntarios D. Francisco de la Llave y el capitán de línea D. José Velásquez, quienes hicieron prodigios de valor. Durante este asalto las compañías de zapadores, entre quienes figuraban los vecinos para los que no había habido armas, se portaron con bizarría, impidiendo denodadamente la propagación del incendio en el interior de la plaza.

El fuego de mosquetería y artillería continuó todo el día 16 con su noche. Al día siguiente Castillo y Luna emprendió incendiar la manzana de la *botica* (1), comenzando por ésta que ardió toda, acabándola de derribar á cañonazo. Inmediatamente después intentó asaltar la plaza por este punto—entre doce y dos de la tarde—al mismo tiempo que embestía los parapetos 6, 7 y 8, habiendo sido este último completamente arrasado. En esta ocasión, como en todas las demás, fueron rechazados los asaltantes “pues si

(1) La *Botica* estaba situada en la casa que trataba de derribar Hevia cuando fué muerto.

grande era la intrepidez de los sitiados—dice el Sr. J. Zárate (1)—mayor era el denuedo de los sitiados, resueltos á caer bajo los escombros de la villa.”

El parapeto destruido en el ataque anteriormente narrado, fué inmediatamente sustituido con saquillos de tierra.

Al mismo tiempo que Herrera sostenía con valor y firmeza los furiosos asaltos de los realistas, la caballería insurgente que se encontraba en el Ejido, atacó á aquellos por la retaguardia, en su puesto. El teniente-coronel Castillo y Luna destacó en su contra doscientos hombres, á cuya vista el jefe insurgente Villamil ordenó una falsa retirada, volviendo después sobre los confiados soldados del rey, flanqueándolos con veinte caballos del intrépido Félix Luna, y poniéndolos en precipitada fuga. Los jefes realistas consiguieron, sin embargo, contener el desorden, y Luna y los suyos estuvieron á punto de ser hechos prisioneros.

Después de esta acción suspendieron el fuego los sitiadores con los del interior de la plaza, como por dos horas, continuándolo en seguida toda la tarde y la noche, repitiendo los asaltos atacando á la vez los parapetos del 6 al 11 y siendo rechazados constantemente.

A las ocho de la mañana—del día 18—empezaron

(1) Op. cit.

á aflojar los fuegos y perdieron la esperanza; pues ni las granadas dirigidas á la plaza con todo acierto, ni los repetidos asaltos por las trincheras, ni su principal conato en horadar las paredes para sorprender la guarnición, fueron bastantes para acobardarla. Todo lo prevenía. Las granadas eran apagadas en el acto: los asaltantes propulsados con valor y burlados por la actitud de Durán, especialmente en las troneras, que abiertas por ellos mismos, se convertían en instrumentos de su muerte.”

“A las nueve se avistó en el Ejido, el teniente-coronel D. Antonio López de Santa-Anna que venía á auxiliar á los de la plaza con 300 infantes y 250 caballos: presentó acción, provocó á los españoles, y no quisieron salir de sus trincheras, por lo que á las cuatro de la tarde se retiró á la Hacienda de Buena-vista, donde acampó por disposición del Sr. Herrera, y pasó allí la noche.”

“Al amanecer—del siguiente día—volvió al Ejido y se levantó una trinchera en la loma nombrada de los Arrieros, donde se enarboló la bandera nacional y se colocó un cañón á las órdenes del ayudante D. José Durán para ver si de este modo se conseguía que los españoles saliesen, á cuyo efecto se ocultó la infantería en una barranquilla, y la caballería en el campo inmediato” (1)

(1) *J. D. Isassi. Op. cit.*

No habiéndose conseguido el fin deseado, los independientes rompieron el fuego de cañón contra los realistas, al que contestaron estos con un fuego sostenido de artillería y fusilería. Los valientes defensores de la plaza pudieron gozar con esta distracción de algunos momentos de descanso, después de un continuo batallar de día y de noche en cuatro días.

Santa-Anna informó al teniente-coronel Herrera de su intento, el cual fué aprobado por el jefe de la plaza, ordenando que si los realistas no aceptaban el com-

Fac-simile de la firma del teniente-coronel D. José Joaquín de Herrera.

bate á campo raso, entrasen al interior los infantes y la caballería se retirase á sus puestos. Como las fuerzas de Castillo y Luna no hubiesen efectuado salida alguna, las disposiciones del comandante militar fueron puntualmente obedecidas.

Al finalizar la tarde se presentó en el campo de Santa-Anna el jefe insurgente D. Francisco Miranda con cien dragones, los cuales fueron en seguida man-

dados á acampar en el Rancho de la Posta, comunicándoles la orden de estar listos para cualquier ataque.

Los realistas continuaron el fuego sobre la plaza el día 20, pero con flojedad. En dicho día los sitiados recibieron un refuerzo de cien hombres, venidos de Jalapa, al mando del teniente D. Luciano Velásquez.

En estas circunstancias D. José Joaquín de Herrera intimó rendición al jefe de los realistas Castillo y Luna, amenazándolo con atacarle en sus posiciones. Contestó el último jefe que reuniría una junta de guerra para resolver sobre el particular, suspendiéndose entre tanto el fuego por ambas partes.

Pasóse de este modo el resto de la tarde y el principio de la noche, hasta las diez en que los realistas rompieron un vivísimo fuego de fusilería sobre la plaza, contestándoseles con igual vigor hasta las doce y media en que se suspendió por completo.

No queriendo rendirse Castillo y Luna, y juzgándose impotente para resistir á las victoriosas tropas de Herrera, concibió y puso en práctica la estratagemma de que algunas guerrillas llamasen la atención de los independientes, mientras que el grueso de las fuerzas emprendía su retirada á Orizaba, después de haber arrojado á los pozos sus municiones de boca y guerra, pero llevándose sus heridos y su artillería.

Ignorando Herrera la causa del silencio de los rea-

listas, envió exploradores á inquirir la verdad, trayéndole éstos la noticia de que Castillo y Luna había abandonado el campo. En el acto se comunicó á Santa-Anna la orden de que con trescientos infantes y la caballería disponible persiguiese al enemigo, como se verificó, fogueándole incesantemente por la retaguardia y flancos en la madrugada y mañana del 21, hasta dejarlo en Orizaba, en donde no hizo más que penetrar para continuar su precipitada retirada.

"La vigorosa resistencia de Córdoba fué uno de los más notables episodios en la última guerra de independencia, y el patriotismo de sus vecinos en esta ocasión honró justamente su nombre. Grandes fueron las pérdidas que entonces sufrieron, y por muchos años las ruinas ennegrecidas de muchos de sus edificios proclamaron elocuentemente el valor impávido y los sacrificios de los defensores de Córdoba. Ya desaparecieron estos gloriosos escombros, pero la historia consigna con noble y legítimo orgullo la resistencia de la heroica villa" (1).

El ataque á Córdoba no fué un verdadero sitio, pues los independientes podían comunicarse con el exterior por el norte de la población. Confiando Hevia en la superioridad de sus fuerzas, tanto en hombres, como en armamento y disciplina, creyó fácil

(1) *J. Zárate. Op. cit.*

apoderarse de una población que contaba para resistirle con el valor y la abnegación.

Es difícil averiguar el número de muertes causadas á los realistas en las diferentes acciones de guerra que tuvieron lugar del 16 al 21 de Mayo, pues que Castillo y Luna tuvo especial cuidado en ocultar sus cadáveres. Isassi calcula que pasaron de treinta y de otros tantos los heridos; se les hicieron además trece prisioneros. Los independientes tuvieron diez y siete muertos, entre ellos el capitán García.

Las pérdidas materiales ascendieron á medio millón de pesos, tanto por el incendio y derrumbes como por el saqueo.

El triunfo de la división de Herrera apresuró el desenlace de la guerra que durante once años regó de sangre el suelo patrio. "El venturoso triunfo de Córdoba—dice el ilustre D. Carlos M. de Bustamante (1)—influyó directa y eficazmente en la independencia de la llamada Nueva España. Si Hevia hubiera triunfado, habría sacado grandes recursos de las provincias de Veraacruz, Puebla y Oaxaca que podían aún proporcionarlos, y los americanos habrían perdido tanto prestigio cuanto fué el que alcanzaron al humillar la arrogancia española en este punto y en Tepeaca. Tengo por incuestionable que la elección militar que escogió á Novella para sustituir al Conde

(1) Cuadro histórico.

del Venadito, habría recaído en este jefe, como que era el de mayor valor y conocimientos que entonces había entre los españoles."

Como se ve, con el triunfo de Córdoba fué asegurada la independencia en una vasta extensión de territorio, dentro de la cual se encontraban todos los pueblos de su jurisdicción (1).

(1) Veanse los documentos referentes á las distinciones concedidas á Córdoba por los sucesos del año 1821, en el *Apéndice* (Documentos del 3 al 7). El Gobierno mexicano creó una cruz para premiar los servicios militares de las jornadas de Córdoba, la que se llamó *Cruz de Córdoba*.

